

La importancia de comunicar

La visión binocular del médico

04/05/2015 00:00

Una de las leyendas sobre Hipócrates cuenta que cuando le llevaron al filósofo Demócrito para que lo curara de su locura "porque se reía de todo", el padre de la medicina, se supone que tras hablar con el paciente, dijo a sus acompañantes que no se preocuparan y que lo dejaran tranquilo: simplemente tenía una personalidad alegre. Aquel griego barbudo y sereno, que separó la medicina de la superstición y le dio un enfoque científico, sigue influyendo veinticuatro siglos después de su muerte.

La película que lleva su nombre, y cuyo preestreno y debates posteriores en Madrid y Barcelona organizados por DM se comentan en este número (páginas 16 a 29), es un buen ejemplo de su pervivencia y del simbolismo de su figura, encarnado sobre todo en el conocido juramento hipocrático.

A pesar de algunas voces que lo consideran desfasado, las enseñanzas que encierra ("no daré un veneno a nadie aunque me lo pida") son principios perennes por mucha tecnología con que cuente hoy el médico. La pasividad hipocrática con que en ocasiones se califica al Corpus médico que legó su escuela quizá sea más bien resultado del desconocimiento y falta de medios de la época; esa "sumisión a la Naturaleza" que aconsejaba hoy sería omisión de cuidados en algunas circunstancias, pero seguiría siendo válida por ejemplo contra la obstinación que tienta al médico actual, y que se refleja dramáticamente en la citada película.

Pero, como revela la anécdota con el filósofo Demócrito, la escuela hipocrática y su continuidad en la civilización europea han proporcionado al médico lo que el bioético Gonzalo Herranz denomina visión binocular, esto es, la bifocalidad científica y humanista. El médico no pinta un cuadro ni fabrica una tarta o un rascacielos. Su materia prima es el ser humano. Puede objetivarlo a veces, como cuando se le interviene anestesiado, lo que facilita el buen pulso del cirujano, pero siempre es un sujeto, portador de ilusiones y temores. La disponibilidad y la pericia tecnológico-científicas no debe por eso nublar la presencia que se atiende.

En el ejercicio de la medicina cobran más relieve que en la mayoría de los oficios el diálogo, la comunicación, la relación humana, en definitiva. Sobre la mesa, el paciente deja su angustia, su dolor, su vida. Y el médico aconseja, consulta e investiga, hasta que encuentre una causa y un remedio, o hasta que no tenga más opción que decirle al paciente que no hay mucho que hacer.

La honestidad y la sensibilidad que ha de presidir esa relación, incluida la veracidad ante posibles errores médicos -otro de los ejes de la película-, continúan incluso más allá de la muerte del paciente, en el consuelo y acompañamiento de los familiares. La

atención respetuosa a esa intimidad confiada, tan castigada hoy por la falta de tiempo y la tecnificación, es el ojo humanista, humano, que no debe faltar en un buen médico; se puede ser un gran internista o un hábil cirujano, pero si faltara esa especial sintonía estaría tuerto.